

RECONOCIMIENTO

Buenos días, gracias por estar aquí. Gracias a la Asociación Víctimas del Terrorismo por defender los intereses de las víctimas, gracias a los políticos que han dado prioridad a este acto pudiendo estar haciendo campaña, gracias a los amigos que han querido acompañarnos. Gracias a la Fundación Gregorio Ordoñez por este premio y por contribuir a dar voz a los sin voz. Gracias, muy especialmente a Gregorio Ordoñez, sin cuya vida y cuya muerte hoy no estaríamos aquí.

Esta semana imaginaba que Gregorio Ordoñez, desde un lugar remoto y tan cercano, al verme recoger este premio levantaría la ceja en un gesto de sorpresa y suspicacia. Y es que la última conversación que mantuve con él fue dura. Gregorio no estaba de acuerdo con el término reconciliación. Yo, mucho más ingenua en aquella época, le intentaba explicar que alguien tenía que empezar a tender puentes, a dar oportunidades. La conversación terminó amigablemente.

Y hoy, años después en un acto de la Fundación que lleva su nombre tengo el honor de representar a miles de víctimas del terrorismo. Y reclamar para ellas, para nosotras:
RECONOCIMIENTO. Para reconocer hace falta conocer. Y no conocemos lo que la sociedad vasca y española ha sufrido con el

terrorismo. Hemos olvidado tantos nombres, hemos ignorado tanto dolor. ¿Cuántas víctimas mortales seríamos capaces de nombrar? ¿Quién se acuerda de Antonio González, de Dionisio Imaz, de Consuelo Ortega, por ejemplo? ¿Cómo pudimos mirar para otro lado, no involucrarnos? ¿Conformismo, resignación, precaución, miedo, maledicencia?

Hoy están expuestos aquí, por primera vez cientos de nombres, casi mil. Son las víctimas mortales de los terrorismos caseros que han marcado la vida de tantas familias. Son todos los que están pero no están todos los que son. Faltan los heridos, amenazados, intimidados, secuestrados, coaccionados, extorsionados. Esta es la incompleta lista fría e impresionante ante la que sólo cabe una plegaria o un grito profundo de NUNCA MAS. Pero no un nunca más cualquiera, de cualquier manera.

Las víctimas del terrorismo no somos lamentables consecuencias de un conflicto que intentan explicarnos engañosamente como político, ni bajas de una guerra que nunca existió. Somos víctimas de terrorismos que jamás debieron existir, que no han tenido justificación ninguna, que sólo han traído dolor y miseria y que pudieron ser evitados. No puede haber comprensión ante la barbarie, si algo merece ser salvado después de tanto macabro sinsentido es un mínimo criterio ético: la inviolable dignidad del ser humano, como

ley universal, más profunda y más alta que cualquier otra aspiración. Nuestros familiares nos lo exigen. Su brutal desaparición no puede servir para nada, ha sido injusta, inútil y absurda. Tiene que serlo. Porque de lo contrario mañana los rentistas del crimen pueden organizarse y seguir amargándonos el día a día.

Las víctimas del terrorismo pedimos reconocimiento: de que existimos y somos muchos, miles; del daño que cometieron contra nosotros y que intentan difuminar o justificar. Reconocimiento de que somos imprescindibles para la paz y la reconciliación y de que tenemos derecho a hablar, a contar lo que hemos vivido, cómo se nos ha tratado y cómo podemos ayudar a construir una convivencia donde puedan cicatrizar nuestras heridas sin más humillaciones.

No pedimos homenajes en las plazas públicas ni recibimientos para los que se marcharon amenazados y algún día podrán volver. Pedimos, sencillamente que no se falsifique la historia, que no se permita que se extiendan los relatos mentirosos que puedan justificar ni una sola de las actuaciones criminales que hemos padecido y hoy todavía padecemos. Esta es la verdad en la que creemos muchas víctimas, sencilla y clara: **nuestro dolor ha existido y es inmenso, las personas son más importantes que los pueblos o las razones de estado, no necesitamos salvadores de ningún tipo, los conflictos**

políticos se dirimen por las reglas de la democracia y el derecho, el conflicto de violencia y terrorismo jamás debió existir.

Hoy Gregorio Ordoñez habrá entendido en que Reconciliación creemos, por la que estamos trabajando cientos de víctimas. Hemos dado contenido a las palabras, entidad y materia humana a las reivindicaciones, testimonio incuestionable, hoy Gregorio Ordoñez estaría junto a nosotros porque no perdemos la esperanza de hacer entrar en razón a los que se embrutecieron con la utilización de la violencia. Porque a pesar de todo seguimos creyendo en una justicia que aplique la sanción debida, la reparación a las víctimas y la resocialización de víctimas y victimarios para convivir en el futuro sin odio pero sin mentiras o burlas a nuestro dolor, desde el reconocimiento de la culpa.

Hemos, estamos presenciando, mucha equidistancia falsaria que hace víctimas a los agresores y criminaliza a las víctimas, mucha imparcialidad hipócrita o condescendiente, muchas simpatías a los que siguen sin reconocer sus inmensos errores. Como relata Pascal Brucker en su libro “La Tentación de la inocencia” : “....Se trata de hacer memoria, la alternativa no está pues entre la memoria que resucita los antagonismos seculares y el olvido que borra las tragedias y absuelve a los verdugos. La única memoria imprescindible es la que mantiene vivo el origen del derecho: se trata de una pedagogía de la

democracia, de una inteligencia de la indignación. Para la realización de esta tarea la memoria no basta, la memoria no es segura. Para que los hombres, en un momento dado de su historia se opongan a la barbarie hace falta un elemento imponderable, un arrebató, un milagro que les salve del deshonor y les impulse a decir no, a alzarse contra lo insoportable. Este arrebató, esta decisión absolutamente inaugural de la libertad es lo que da la medida de una generación.”

Si las generaciones aquí presentes quizá ya estemos perdidas para esta causa, contribuyamos todos a educar en este arrebató a las nuevas generaciones. Todos somos necesarios.

Quiero ofrecer este premio especialmente a las víctimas del terrorismo que no han contado a sus hijos cómo murió su padre o su abuelo por miedo a ser estigmatizados, a las que se cruzan con agresores sin haber obtenido ni una sola mirada avergonzada de éstos, a las que tuvieron que huir víctimas de la intimidación y el miedo y todavía no pueden volver, a las que todavía no saben quién les infligió tanto daño, a las que sintieron el vacío de su entorno y miradas que les acusaban con el “algo habrá hecho”.

Gracias a todos.